

VIII

Nacida Veauvillar.

Al subir la escalera para llegar á las habitaciones de su madre, el conde Gabriel, siempre tan correcto, tan digno, tan respetuoso, que en su vida había faltado ni una sola vez, á las conveniencias sociales, sentía hervir en él una irritación que en vano se esforzaba en dominar.

Sin embargo, cuando llegó á lo alto de la escalera, se paró un instante y se dijo:

—¡Vamos, calma!

Y al mismo tiempo se repetía para imponerse respeto:

—¡Es mi madre!

Pero sus labios que se oprimían, sus dientes que rechinaban, su frente surcada por arrugas, sus ojos llenos de bilis, protestaban contra su voluntad, enérgica sin embargo, de conservar sangre fría, en una explicación de la que podrían sobrevenir grandes tempestades.

Refrescó sus manos, que abrasaban, con el contacto del hierro forjado de la barandilla.

Y por fin se decidió.

Dió algunos pasos más, abrió una doble puerta tapizada de terciopelo, llamó suavemente y entró.

La señora de Corbière sentada cerca de la ventana, desde donde había visto llegar el coche de su hijo, se volvió lentamente hacia él, y viéndole tan sombrío, tan glacial, casi descompuesto, frunció las cejas.

Desde su entrevista con la comadrona de la calle de Richelieu presentía un combate.

—¡Ah! ¿sois vos Gabriel?—dijo con voz seca.—No os esperaba hoy.

—¿Por qué?

—En la vispera de esa boda.. Debíais estar tan ocupado, tan turbado por mil preocupaciones...

El conde se había acercado mucho á ella.

Se apoyó en la pared, cerca de la ventana, y dijo con tono amargo.

—Turbado sobre todo... Vos habéis dicho la palabra...

—¿Por qué motivo?

El conde fijó sus ojos llenos de cólera en la apergaminada, sarcástica y angulosa cara de su madre.

La condesa sostuvo aquella mirada sin pestañear.

—¿No tomáis una silla Gabriel?—preguntó.

—No veo la necesidad. Necesito movimiento—contestó Gabriel.

—En efecto, parecéis agitado.

Jamas le había hablado la condesa con más serenidad.

El conde no podía creer á sus ojos, á sus oídos.

Contestó lentamente:

—Es que lo estoy.

Y para tranquilizarse, dió algunos pasos por el salón, de donde la condesa había eliminado con escrupulosidad todo lo que hubiera podido recordar su nacimiento burgués.

No se veían allí más que retratos de gran-

des damas y de condes ó marqueses en traje de corte.

Aquello era muy aristocrático.

El conde miró uno por uno los retratos de sus antepasados y volvió al lado de su madre.

—Pareceis no sospechar lo que me trae aquí —la dijo.

—Lo sabré cuando lo digais.

—Permitid que primero os diga lo que yo me preguntaba al examinar los retratos que aquí habeis reunido, de esos hidalgos y de esas grandes damas.

—Como queráis.

—Me decía que se sentirían bien sorprendidas si pudieran oír la explicación que vengo á solicitar de vos.

—Estais muy oscuro, Gabriel, vos que de ordinario sois tan explícito...

—Voy á procurar ser claro.

—Os lo agradeceré. Eso es lo que deseo.

—Me decía que, sobre todo, se sentirían muy humillados si pudiesen conocer los crímenes que se han cometido en esta casa...

—¿Crímenes decís, Gabriel?

—No conozco otro término que convenga á lo que aquí ha pasado.

—¿Desde cuando?

—Desde que vos habeis entrado en la casa.

Hubo un silencio.

La señora de Corbiere no se alteró. Aun pareció no comprender.

El iba dominándose poco á poco.

Su madre le miró y con tono tranquilo le dijo:

—¿Habeis reflexionado bien lo que habeis dicho Gabriel?

—Desde hace algunos días no tengo un minuto de reposo. No duermo, y cuando no se duerme, se piensa. No, jamás han ocurrido tales cosas en nuestra casa y en nuestra familia. Habrá habido, sin duda, pasiones, odios, ambiciones; se habrán cometido indudablemente faltas, graves tal vez, pero yo no creo que haya pasado nada tan vil, tan bajo y tan deshonesto como lo que he sabido.

—¿Tan extraordinario es, Gabriel?

—Debo decíroslo, puesto que fingis ignorarlo. Pero antes, ¿querriais decirme por qué no habeis cumplido la última voluntad de mi hermano el capitán Rolando de Corbiere?

—Pero...

—Voy á evitaros la vergüenza de ocultar la verdad. Mi hermano era mayor de edad, dueño de sus actos. Podía disponer de su nombre, de su fortuna, hacer de ella lo que mejor le pareciera... No necesitaba más que escribir cuatro líneas manifestando su deseo. Esas cuatro líneas las escribió antes de expirar y os las entregó...

—¿Quién os lo ha dicho?

—Lás he visto.

—¡Vos!

—¡Yo!

—¿Dónde?

—En casa del notario en donde están depositadas desde hace veinticuatro horas. Ese testamento os había sido conflagado... ¿Qué habeis hecho de él?

La señora de Corbiere se incorporó, y con los ojos echando chispas, preguntó:

—¿Que lo habéis visto decís?

—Lo he visto.

—¡Eso es imposible!

—¿Luego existe?—dijo friamente el conde.

—¡Ah! ¡me he delatado!—exclamó la condesa.—¡Ese es un lazo que me habéis tendido!

El conde hizo un ligero movimiento de labios muy desdeñoso.

—No; no os habéis delatado; no había ninguna necesidad de ello. Cuando os afirmo que he visto el testamento de mi hermano, es porque lo he tenido ante mis ojos, que lo he tenido en mi mano, que lo he leído del principio al fin, y me he admirado de que no haya sido ejecutado.

La señora de Corbiere no escuchaba ya á su hijo.

Se había levantado, había abierto el escritorio y registraba el cajón en donde había creído ocultar aquel documento á todos los ojos y sustraerlo á todas las pesquisas.

Ya no estaba allí.

Sus ojos se inyectaron de sangre y lanzaron chispas.

—¡Robado!—dijo entre dientes y por mis hijos!

—Os engañáis, madre mía: no hay ninguno de ellos capaz de cometer tal bajeza... lo mismo el que murió que los que viven...

—¡Y sin embargo!

El conde la detuvo:

—No insistáis—dijo.—El porvenir os expli-

cará como ha llegado á nuestras manos ese documento. ¿Qué importan los detalles? El hecho es que existe y está en nuestro poder ó en el del notario que, para el caso, es lo mismo. Mi hermano, en su lecho de muerte, os entregó un testamento... Vos lo habéis dejado sin ejecución... No podéis negarlo.

—¿Es un interrogatorio el que me hacéis sufrir?

—Es una explicación que os pido. Llega una hora en que se siente la necesidad de arreglar sus cuentas.

—¿Y vos estáis en una de esas horas Gabriel?

—Tal vez... Os ruego me digáis como pensáis arreglar los intereses de esos á quienes habéis perjudicado tanto.

—¿Quiénes son?

—Hable de esos á quienes habéis despojado de sesenta ó setenta mil francos de renta que les pertenecen.

—¿Su nombre?

—Había, en primer lugar, un niño, el hijo de Rolando... Este niño ha muerto.

—Entonces es inútil hablar de él.

—Le reemplaza su madre. También ella es legataria de mi hermano... ¿Qué pensáis hacer por ella?

—¿Yo?...

—¡Sin duda, vos!.. Mi hermana es menor de edad... No hemos arreglado ese asunto... Nada hemos dicho, y esperábamos, porque nos creíamos con legítimo derecho á la herencia de Rolando... Vos seguís administrando esa fortu-

na... ¿Estáis dispuesta á entregársela á esa joven?

—¿A Teresa Montarón?

Es imposible dar idea del desprecio con que la condesa pronunció este nombre.

El conde contestó con imperturbable calma:

—Sí, Teresa Montarón, que se arrojó al río por miseria y desesperación.

—¡Comedia!

—¿Cuando hubiera debido ser millonaria!

—Cuando ella se echó al río, sabía, sin duda, que el señor de Sauves iba á pasar, y que se lanzaría para salvarla, como lo hizo, valiéndole los aplausos de una multitud entusiasta.

Por un fenómeno particular, á medida que el conde se iba serenando y era más comedido, la ironía de su madre era más aguda.

La condesa se animaba y sus ojos grises tomaban una expresión de maldad extraordinaria.

—Contestad á mi pregunta, si lo tenéis á bien— dijo el conde.—¿Qué pensáis hacer para reparar... ese fraude?...

—¿Yo?

—¿Esa supresión de testamento?

—¿Decís?

—¿Ese robo de cerca de dos millones?

—¿Ese robo?

—¿Conocéis otro término para calificar un acto tal?

—Me preguntáis qué es lo que haré...

—Sin duda.

—He aquí mi respuesta: «Nada.»

Esta palabra cayó de los labios de la condesa como un guijarro en el fondo de un pozo.

Indicaba un odio tan profundo y un desdén tal de la justicia, que el conde Gabriel se estremeció.

Su madre repuso:

—¡En verdad, os escucho y me pregunto si sois vos quien me habla! ¡Cómo! Vuestro hermano cortejó por pasatiempo á una muchacha, una cualquiera, una especie de aldeana mal educada y sin costumbres... Fué asesinado por los hermanos de esa muchacha, unas fieras, y me preguntáis si pienso entregar á esos malhechores, á esa cuadrilla, una fortuna de varios millones para recompensarles ese asesinato. ¿Sabéis vos siquiera lo que son dos millones, vos que habéis nacido en la opulencia y que no sabéis lo que es ganarlo?... Vos no podéis saberlo... Yo lo sé... Mi abuelo necesitó más de sesenta años para reunir uno solamente. ¡Y con qué trabajo, qué economía, qué labor y qué privaciones! ¡Y los sacrificaría yo en un momento de locura por una joven que odio! ¡Y había yo de haber reconocido á su hijo, introducirle yo en la familia! ¿Por quién me tomáis?... ¡Mal me conocéis! ¡Fernanda y vos daréis lo que queráis! ¡Sois libres! Ya os lo he dicho y os lo repito: ¡yo no haré nada!

Pronunció de nuevo esta palabra con voz breve, con acento de voluntad indomable:

—¡Nada!

El conde la miró con profunda tristeza, y con el mayor desdén y con la más amarga expresión dijo:

—¡Razonáis como una Beauvillars y os llamáis la condesa de Corbiere-Latouche! ¡Bien!

Hubo una pausa.

Aquello fué como un armisticio entre dos duelistas.

Al oír las palabras del hijo, la madre había apretado los puños: la sangre de los Beauvillars, de los aldeanos del Cantal venidos á París cien años antes y enriquecidos á fuerza de astucia y de avaricia, había saltado de su corazón á su cabeza.

Hubiera querido contestar con toda la violencia de su orgullo ultrajado, pisoteado, pero se contuvo por prudencia.

La lucha entablada iba á hacerse más terrible.

Ella lo prevía.

El conde repuso:

—Abordo otro asunto. Vine hace pocos días á anunciaros mi boda. Hubierais debido advertirme que esa unión era imposible y os habéis callado.

La señora de Corbiere no desplegó los labios. Esperaba.

El conde continuó:

—Si no me habéis dicho nada, ha sido porque os hubierais visto en la necesidad—os pido perdón por explicarme con tanta severidad; pero no existe otra palabra para poder expresar un abuso tal de confianza—un segundo crimen, una nueva infamia.

La condesa se irguió bajo esta injuria.

—Seguid—dijo;—olvidad que es vuestra madre quien está delante de vos.

—Las puertas están cerradas... Nadie puede oírnos... ¿Para qué consideraciones inútiles? La hora de la expiación ha llegado, y es un suplicio el que sufro al hablar como os hablo... ¿Cómo habéis sabido que Elena Noel era hija de vuestro marido, el señor de Corbiere?

La condesa esperaba esta pregunta.

Sin embargo, palideció y un temblor corrió por aquella cara rígida y cruel.

—No tenéis necesidad de contestar, lo adivino. Sólo mi padre pudo revelaros ese secreto. Como mi hermano Rolando, esa revelación sería hecha en el momento en que iba á morir. El quería á esa niña, se había cuidado de ella desde sus primeros años; pero negligente y ocupado de sus placeres, os rogó que le reemplazarais cerca de ella y que hicierais en favor de esa criatura lo que él hubiera hecho si hubiera vivido. Creo asistir á la escena que debió ocurrir, oír las palabras que mi padre pronunció, la súplica suprema del moribundo en favor de la criatura inocente y sin defensa! En una familia como la nuestra, tales recomendaciones son sagradas. ¿Qué habéis hecho? ¡Habéis martirizado á esa desgraciada! ¡La habéis tratado como á un paria!... ¡Vivió veinte años sin familia, sin apoyo, sin consejos y la entregastéis á las incertidumbres de la vida en condiciones tales, que quiso concluir con ella como la otra, como Teresa Montarón, suicidándose! Solo que la una recurrió al carbón, mientras que la otra se arrojó al Sena por desesperación y por miseria. ¡He aquí el resultado de vuestros actos!

—Estáis bien informado. ¿De modo que os han vendido el secreto que tan caro pagabais?

—¡No me han vendido nada! Una palabra de vuestra segunda víctima, me reveló una parte del funesto secreto... ¡He seguido la huella y he llegado á una convicción!... La casualidad había hecho que se conocieran Elena Noel y Teresa Montarón: el hijo de la segunda ha tenido la misma nodriza que tuvo la primera, la viuda Lapierre... ¿Comprendéis?... Esto era una pista... La verdad estaba al fin. ¡Verdad terrible y que me hace temblar, madre mía!

—¿De modo que ya no tengo que ocultaros nada?

—Nada...

—Sin embargo...

—¡Nada, os digo!—exclamó el conde con amargura.—¿Para qué subterfugios y sofismas para ocultar un mal irreparable? ¡Confesad, pues!...

—¡Pues bien, sí, puesto que lo queréis! Vuestro padre fué quien me encargó del porvenir de esa hija del adulterio... Yo tengo virtudes, tal vez son burguesas... la economía, el orden, la ambición por mis hijos, el orgullo... Hay una que me falta. No sé resignarme á sufrir un insulto, á perdonar un ultraje. ¡Ah! ¡vos habláis de los Beauvillars! ¡Sea! ¡Yo me casé con vuestro padre por vanidad! ¡El me dió su nombre por interés!

¡Las afrentas que he tenido que sufrir las tengo presentes! ¡Una Beauvillars estaba de-

masiado honrada con llegar á ser condesa de Corbière y debía soportar todos los caprichos todas las infidelidades de su señor! Durante más de veinte años no se habló de otra cosa más que de los triunfos del señor de Corbière. Yo era la mujer; otras eran las favoritas. Se citaban de todas las clases sociales. Esto era realmente insultante. Un día trajeron á vuestro padre expirante; una congestión le había atacado. Me recomendó la criatura que hacía criar en secreto. La madre había muerto, una de esas muchachas pobres, sin duda, que se dejan seducir fácilmente por la elegancia de formas y el prestigio del nombre, como esa Teresa Montarón, por quien tenéis un interés tan vivo... Hice educar á esa niña, según la condición que ella debía tener. No tenía madre. ¿Y era yo, la mujer ultrajada, quien debía servirle de tal? Vos me condenais por mi conducta y mi dureza para con ella. Yo creo que he cumplido con mi deber... Hubiera podido abandonarla... Yo no la debía nada, y nada había prometido... Ella entró en la vida con lo necesario para luchar y defenderse. Mis abuelas fueron menos felices. Eran pobres aldeanas. Trabajaron y vivieron sin desfallecimiento, sin recurrir al suicidio por debilidades y cobardías... Eran Beauvillars ó hijas del pueblo... Elena Noel era una Corbière. ¡Tanto peor para ella.

Cada una de aquellas palabras caía sobre el corazón del hijo como una brasa.

Tanta audacia, tanta sequedad de alma le espantaban.

De pronto la condesa sulfurándose dijo:

—¡Ah! Me habéis echado en cara como un reproche ó una injuria el nombre Beauvillars creyendo herirme... Pues bien, voy á deciros toda la verdad. Cuando yo tenía veinte años, sentía en el corazón un odio venenoso contra mis compañeras de colegio del Sagrado Corazón, orgullosas como pavos reales, que me humillaban porque yo no era más que la hija de un burgués, mientras que ellas habían nacido para llevar títulos y sus apellidos figuraban ya en la Guía de forasteros.

»Juré igualarme á ellas y comprar un título y un nombre, también yo... Los Beauvillars habían ganado para pagarlo... Mi padre satisfizo mi vanidad con dinero contante. Yo era verdaderamente estúpida... El señor de Corbiere, mi marido y vuestro padre, era un hombre del antiguo régimen... No se podían contar sus triunfos... guarde silencio, pero no sin concebir rencor por las afrentas sufridas. ¡Cuanto lamenté el acceso de vanidad que me había hecho ambicionar un título de condesa! Me hice mala y rencorosa... Quise tener al menos la satisfacción de dominar, gozar de la fortuna y del título. Estos fueron mis únicos placeres. Los tengo y los guardo. ¡Yo no conozco otros! He obrado según mi carácter, obrad según el vuestro... Enriquecer á los asesinos de vuestro hermano, partid vuestra fortuna con la hija del adulterio, esa es cuestión vuestra y de Fernanda. Haced lo que queráis, yo he defendido vuestros intereses... Sacrificadlos... Yo no tengo que censurar vuestras acciones y no las

quiero saber. Y ahora, si los azares de la vida os han acercado á una joven por la que he hecho lo que he creído deber hacer y estáis unido á ella por lazos que yo no aprecio, soy inocente en eso... Sois rico, teneis una fortuna que os proviene también de los Beauvillars, para quienes afectáis un profundo desden, recordad que todo se repara con el dinero; aplicadlo sobre las llagas que el azar ha hecho y no hablemos más del pasado, os lo ruego. Las grandes familias tienen también sus razones de Estado. Esto es lo que me justifica á mis ojos, y en cuanto á la opinión de los demás no me hará separarme nunca de mi camino.

El conde estaba aterrado.

La mujer que se expresaba con tanto cinismo era su madre.

El conde sentía bajo aquellas frases el rencor de una fortuna perdida para ella, la enemistad que le profesaba y una animosidad que no se desmentía.

Comprendía también que ella había detestado á su marido y que aquel odio llegaba hasta sus hijos.

La misma Fernanda, aquella criatura tan cariñosa que la rodeaba de respetos, que la hacía la vida dulce, que perfumaba su casa como un lirio sin manchas, y que no se ocupaba más que de remediar los desaciertos de su madre, no encontraba perdon ante ella.

La condesa no vivía más que para el orgullo y para el dinero.

Se había levantado y, en pie, delante de su escritorio, contemplaba el cajón vacío, buscan-

do todavía el testamento desaparecido, y de sus labios crispados salió de nuevo esta palabra:

—¡Robado!

Y, como hablando para sí, añadió:

—¡Fernanda tal vez!

El conde, que estaba recostado contra la pared, se separó como movido por un resorte, y dijo con vibrante voz:

—No os faltaba más que acusar á esa admirable criatura que no se ocupa más que de echar un velo á las faltas de que os habéis hecho culpable. ¿Ella robaros? ¡Ah! ahora me toca á mí deciros que nos conocéis mal. ¡No tenemos sobre el honor las mismas ideas que vos! Fernanda ha pagado de su bolsillo una suma considerable para comprar el silencio sobre una infamia que, al deshonoraros á vos, nos deshonoraría también á nosotros, puesto que el honor de una madre es el de sus hijos. ¡Fernanda es inocente, os doy mi palabra de honor! Ella ha sido siempre para vos el modelo de las hijas. ¡Ella os colma de respeto y de cariño! ¡No es ella quien os ha hecho traición, es otra en quien vos habíais puesto vuestra confianza!

El conde se acercó á su madre y bajando la voz dijo:

—Habláis de Fernanda. Queredla vos que no queréis á nadie y guardadla bien. ¡Quién sabe si dentro de pocos días será solo ella la que os quede! Todas las faltas se pagan. Preservada por los sacrificios de criaturas á quienes tratáis tan mal, no seréis vos quien pague las vuestras!

—¡Quién, pues!

—El pasado os lo ha dicho ya el día en que Rolando cayó bajo los golpes de aquellos á quienes vuestros rigores habían exasperado... ¡El porvenir os lo dirá de nuevo!... ¿No os arrepentís de nada de lo que habéis hecho?

—¡No!

—¿No deploráis las fatales consecuencias de vuestros actos?

La condesa vaciló un segundo.

La voz de su hijo se dulcificaba.

Se veía que, fuera lo que quisiera la mujer que estaba delante de él, por mucho daño que le hubiera hecho, no podía él olvidar que era su madre.

El orgullo de la condesa se sobrepuso á la ternura que las madres más desnaturalizadas conservan en el fondo del alma por sus hijos.

—Si hoy volviera á empezar, obraría lo mismo—dijo.

El conde llevó la mano al pecho como si hubiera sentido el frío de un puñal.

—¡Adiós, pues!—murmuró.

Y triste, casi vacilante, saludó y salió.